



Laura Wittner
Se vive y se traduce
Buenos Aires
Entropía
2022
90 páginas

PALABRAS CLAVE: TRADUCCIÓN – ENSAYO – POESÍA – VIDA
KEYWORDS: TRANSLATION – ESSAY – POETRY – LIFE

Las palabras, la vida, y por qué traducirlas

Yamila Puga¹

En líneas generales, *Se vive y se traduce* es un cuaderno de traductora o un diario de ideas. Sin lugar a dudas, es también una crónica de los trabajos y los días. Por momentos, relampaguea una teoría de la traducción. Por otros, se catalogan obsesiones y dudas: “¿se entra al auto o se sube al auto?” (Wittner, 2022: 40). Y también están los poemas –propios y de los otros– y las versiones –propias y de los otros. Las conversaciones, y sus derivaciones. Las lecturas, y sus potenciaciones. Estas y otras modalidades se hacen lugar en el libro de Laura Wittner que Entropía publicó a principios del año 2022 con el que la poeta, traductora y narradora infantil se asume –también– ensayista.

La puerta se abre, con el epígrafe de Lydia Davis como llave, para dedicar, según la escritora estadounidense, todo “nuestro tiempo y nuestra atención” (10) a una sola palabra, a “una palabra tan pequeña” (10), que en este caso podrá ser una preposición, o menos, una letra, un número, un *ampersand*, una mayúscula o un punto y coma. La invitación es a la misión neurótica-tozuda-imposible del traspaso entre lenguas. “Vestir al poema con otra piel” (71), según Ida Vitale, para descubrir

¹ Estudiante avanzada y becaria de la UNMDP. Traductora. Mail de contacto: yamilapuga@gmail.com

“que a veces se presta y a veces no” (71). Pegados a la espalda de la traductora, ingresamos a su taller que, en definitiva, no es otro que un cerebro que activa un mecanismo constante, que “elige y ordena palabritas” (11) y se obliga a “pensar cómo se dice todo” (42). Acordando con Aira, para quien el traductor debe enfrentarse constantemente a “los pequeños grandes problemas de la microscopía de la escritura” (21), Wittner sostiene que “traducir es enhebrar mostacillas ínfimas” (79); se trata de cuestiones muy concretas y requiere de una “meticulosidad intrínseca [que] no tiene fondo” (78). Así, en esta lectura es legal regodearnos por un rato, “contemplando el paisaje” de la palabra estiércol: “qué palabra, ¿no?”, reflexiona la escritora, “con esa tilde sobre el diptongo, esa ele al final, ese aire inglés como quien dice ‘Máicol’, ese amague de marca o de *portmanteau*” (79).

Sin secciones ni subtítulos, solo los cortes de los asteriscos, la escritura se abre al registro minucioso de toda elaboración posible sobre las condiciones y las (im)posibilidades de la traducción, así como de todo sentimiento disparado por ella: “traducir es hermoso, traducir es horrible, traducir es desesperante” (26), descarga Wittner. Pero cuando estas reflexiones se ven iluminadas por el apunte de lo íntimo, entendemos el vínculo irrompible entre escritura y vida, o lo que es igual, entre traducción y vida: “esta tarde de lunes feriado, silencio y mucho calor, estoy braceando. Estoy pataleando y pateando de pena y dolor. Pero el libro me lleva” (49). Los detalles de la diaria, “un día en el delta con los chicos” (24), los domingos de lluvia, la visita a un oculista, sin robar nunca demasiado espacio, explican uno de los sentidos de la fórmula anunciada en el título. Por esto, todas esas veces en que se enuncia “traducir es” aparecerá una referencia a la propia vida: “pensar en una” (12), “autoanalizarse” (56), “volverte quisquillosa y prolijita cuando en la vida real sos lo contrario” (80), “preguntarse varias veces por día esto ¿se dice así o estoy inventando?” (68), “desnaturalizar y volver a naturalizar (y volver a desnaturalizar)” (68). Después de todo, según la escritora, “¿no es el problema más concreto de la traducción devolverte al mundo, en el sentido más amplio posible?” (17)

Así, a cada asunto de la vida personal, familiar, amorosa, de quien escribe le viene asociado un problema de traducción. Es esa la relación crucial e indisoluble que vertebra la obra. Y lo que es más misterioso, las respuestas a los problemas de traducción aparecen, como señales, en la vida o, al revés, la vida misma es un problema de traducción:

Traduzco a Leanne Shapton. Es un mal día. La fibromialgia me sobrevino anoche totalmente inesperada, después de un día lindo. Estoy hace dos horas frente al monitor y las palabras no encajan. “*The tall pines, silhouetted against the navy sky...*” *Silhouetted...* veo la imagen, pienso en la cantidad de veces que traduje ese verbo en castellano solo se corresponde (sonoramente) con un sustantivo. Se que la traducción es sencilla, que está

en mi mente, no en el diccionario. Pero mi mente no responde y el cuerpo duele. Los recursos mentales se encuentran opacados. [...] Entonces entra mi hija, que faltó a la escuela. [...] Saca la tijera de un cajón de mi escritorio. Me da la espalda, pero escucho que recorta un papel. “Recortados”, murmura mi mente, en una reacción cansada. Ah, eso, claro (44).

El pasaje citado confirma y, sin embargo, cuestiona, por insuficiente, la idea del vínculo entre vida y poesía; más exactamente habría que defender la idea de una transformación recíproca entre ambas, gracias a la actividad intensamente relacional que es la traducción literaria. Traducir es meterse dentro de alguien de una forma que vuelve relevante la pregunta: “¿siente algo la traductora en el cuerpo mientras traduzco su texto? ¿Como un vudú?” (53). Afecta no solo al cuerpo del otro, sino especialmente al cuerpo propio, en tanto, “un libro es una masa en la que hay que meterse, a la cual entregarse, casi diría con la cual fundirse. Hacerle un lugar, también, para que se meta dentro nuestro” (47). Como relata Marcelo Cohen en su colección de ensayos *Música prosaica* (2014), publicados también por Entropía y citado por Wittner y acá más en extenso, el cuerpo llama a traducir:

Me resisto a aceptar que el hormigueo que me ataca los dedos cuando paso un tiempo sin traducir, y que se extiende a todo el cuerpo en terca búsqueda de postura, de un paso, un repique, sea un reflejo compulsivo. No, señor. Los dedos quieren tocar. Tal vez quieran ayudarme a suspender la convivencia conmigo mismo, eximirme de mí en un lenguaje ajeno, a ilusionarme con que toco a otra criatura. Pero para mí que extrañan un instrumento. Es evidente que sienten la traducción, más que como hermenéutica, como ejecución. Los dedos inquietos están manifestando una nostalgia de la música muy típica de los que trabajan con palabras, y se persuaden de que traduciendo la alivian (2014: 10).

Hay un deseo que “arrasa en los momentos más impensados o imposibles, incómodos” (31) y que va a materializarse en el cuerpo como aliado del signo. Por eso, sugiere la escritora, “si la traducción se traba hay que pararse. Ir al baño, ir a buscar agua, ir a buscar el esmalte de uñas. Si la traducción se traba hay que destrabar el cuerpo” (13). Alguna vez explicó el traductor y poeta francés Henri Meschonnic que, en el inicio del acto poético y por ende en el de la traducción también, está el abandono del semantismo y su reemplazo por el ritmo. El ritmo es “eso que puede un cuerpo en el lenguaje” cuando se produce un “sistema de discurso escrito dotado de una actividad que continúa más allá de sus condiciones de producción” (2007: 32). Lenguaje, traducción y vida forman, en resumen, un continuo escandido por el ritmo, entendiendo por éste, como narra Wittner en el siguiente pasaje, el lugar en el que un cuerpo se hace presente en el lenguaje: “Temprano a la mañana hay ese momento emocionante en el que cada palabra, tanto en inglés como en castellano,

vibra de sonido, sentido y asociaciones. [...] Los dos idiomas se miden y se funden, y por unos minutos todos retozamos (las palabras y yo) en una matutina orgía etimológica” (27).

Hay, por último, la idea de la traducción como alivio o como refugio. Se puede traducir llorando y aferrarse al libro que se traduce, que no rechaza, que recibe “con amabilidad” (49). Se puede incluso traducir en los días de “cuarentena estricta y detención mundial” (74) o en tiempos de angustia por la repentina enfermedad de un padre. La práctica acompaña en los momentos “ominosamente densos” (58) y se convierte en salvación: “es lo único, lo mínimo, en lo que me pudo concentrar en esta tercera semana de encierro, de miedo y de tristeza” (58). Así, el ejercicio de traducir permitiría, de acuerdo con lo que propuso Alberto Giordano en su trabajo sobre los diarios de escritor, “vivir la aflicción activamente, no para hacer literatura, sino para someter el dolor a la prueba transfiguradora de lo literario” (2017: 712); en este caso, traducir es el motor, tanto de las aspiraciones literarias, como de la necesidad de seguir viviendo.

Mientras que en algunos pasajes puntuales la pluma diarista hace explícito el duelo por la muerte del padre, en todo momento se elabora, en el fondo, otro duelo, del que también es posible salir a través de la escritura: la renuncia al ideal de la traducción perfecta. Asumir esa renuncia es, en parte, el objeto de este libro. De hecho, cada vez que la letra le hace espacio a la pregunta, a la prueba, al intento y al suspenso queda más clara una ética del trabajo traductor. Como advierte Anne Carson en una cita que es parte de la obra, “siempre es bueno perder un poco el equilibrio, ser desalojada de esa autosuficiencia con la que una suele ir por ahí percibiendo el mundo [y] la traducción produce constantemente ese desalojo” (25). Dos tareas discordantes deben realizar los traductores, esto es, llevar al autor al lector y llevar al lector al autor, o como lo explicó Wittner, encontrar al autor “y también sentirse a gusto” (62). Es una tarea que sintetiza, sin arrogancias, una dialéctica: ni el deber de obsesiva literalidad ni de libertaria recreación. Una labor de donación y un repliegue del yo para dar paso a una voz otra. Aunque repliegue no sea equivalente a desaparición o ausencia. “Al traductor le interesa ser fiel y respetuoso hacia el original: o sea, no aprovecharse de él para alardear de sus propias virtudes literarias sino respetar el texto lo más posible, pero no al extremo de volver ilegible el producto de esa traducción” (20), explica Fabio Morábito, otra de las voces que contribuye a la polifonía del libro.

Porque, al final, la traducción es un milagro, recomienda Wittner que “cuando se está traduciendo hay que leer paralelamente muchas cosas que no tengan nada que ver con el texto traducido [...] O ver películas. O leer carteles por la calle. La palabra problemática nos llega desde las profundidades del azar” (15). Entonces

Se vive y se traduce es también un libro de estrategias, o mejor, de trucos, donde la traducción es la magia.

Referencias bibliográficas

Cohen, Marcelo (2015). *Música prosaica*. Buenos Aires: Entropía.

Giordano, Alberto (2017). “Notas sobre diarios de escritores”. En *ALEA*, 19(3). 703-713.
<http://dx.doi.org/10.1590/1517-106X/2017193703713>

Meschonnic, Henri (2007). *La poética como crítica del sentido*. Trad. Hugo Savino. Buenos Aires: Mármol/Izquierdo.